



Domingo VII, Tiempo Ordinario

«Hijo, tus pecados te son perdonados»

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con la colaboración del P. Emilio Betancur Múnera (Arq. de Medellín). Cf. *Servicio Bíblico Latinoamericano*. Las moniciones y la Oración de los fieles son tomadas del Plan Nacional de Predicación

Is 43,18-19.21-22.24b-25: Borro tus crímenes por consideración a mí

Salmo 40: Sáname, Señor, porque he pecado contra ti

2 Cor 1,18-22: Jesús se ha convertido en un "sí"

Mc 2,1-12: El Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados

Lectura del libro de Isaías 43, 18-19. 20c-22. 24b-25

Así habla el Señor: No se acuerden de las cosas pasadas, no piensen en las cosas antiguas; Yo estoy por hacer algo nuevo: ya está germinando, ¿no se dan cuenta?

Sí, pondré un camino en el desierto y ríos en la estepa, para dar de beber a mi Pueblo elegido, el Pueblo que Yo me formé para que pregonara mi alabanza.

Pero tú no me has invocado, Jacob, porque te cansaste de mí, Israel. ¡Me has abrumado, en cambio, con tus pecados, me has cansado con tus iniquidades!

Pero soy Yo, sólo Yo, el que borro tus crímenes por consideración a mí, y ya no me acordaré de tus pecados.

Palabra de Dios.

Salmo responsorial 40, 2-5.13-14

R. Sáname, Señor, porque pequé contra ti.

Feliz el que se ocupa del débil y del pobre:
el Señor lo libraré en el momento del peligro.

El Señor lo protegerá y le dará larga vida,
lo hará dichoso en la tierra

y no lo entregará a la avidez de sus enemigos. **R.**

El Señor lo sostendrá en su lecho de dolor
y le devolverá la salud.

Yo dije: «Ten piedad de mí, Señor,
sáname, porque pequé contra ti». **R.**

Tú me sostuviste a causa de mi integridad,
y me mantienes para siempre en tu presencia.

¡Bendito sea el Señor, el Dios de Israel,
desde siempre y para siempre! **R.**

Lectura de la segunda carta del Apóstol san Pablo a los Corintios 1,18-22

Hermanos:

Les aseguro, por la fidelidad de Dios, que nuestro lenguaje con ustedes no es hoy «sí», y mañana «no». Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, el que nosotros hemos anunciado entre ustedes —tanto Silvano y Timoteo, como yo mismo— no fue «sí» y «no», sino solamente «sí».

En efecto, todas las promesas de Dios encuentran su «sí» en Jesús, de manera que por Él decimos «Amén» a Dios, para gloria suya.

Y es Dios el que nos reconforta en Cristo, a nosotros y a ustedes; el que nos ha ungido, el que también nos ha marcado con su sello y ha puesto en nuestros corazones las primicias del Espíritu.

Palabra de Dios.

Evangelio: «toma tu camilla y vete a tu casa» (Mc 2,1-12)

En aquel tiempo Jesús volvió a Cafarnaúm y se difundió la noticia de que estaba en la casa. Se reunió tanta gente, que no había más lugar ni siquiera delante de la puerta, y Él les anunciaba la Palabra.

Le trajeron entonces a un paralítico, llevándolo entre cuatro hombres. Y como no podían acercarlo a Él, a causa de la multitud, levantaron el techo sobre el lugar donde Jesús estaba, y haciendo un agujero descolgaron la camilla con el paralítico. Al ver la fe de esos hombres, Jesús dijo al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados».



Unos escribas que estaban sentados allí pensaban en su interior: «¿Qué está diciendo este hombre? ¡Está blasfemando! ¿Quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?»

Jesús, advirtiendo en seguida que pensaban así, les dijo: «¿Qué están pensando? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: "Tus pecados te son perdonados", o "Levántate, toma tu camilla y camina"? Para que ustedes sepan que el Hijo del hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados, dijo al paralítico: Yo te lo mando, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa».

Él se levantó en seguida, tomó su camilla y salió a la vista de todos. La gente quedó asombrada y glorificaba a Dios, diciendo: «Nunca hemos visto nada igual».

Palabra del Señor

Comentario 1

EN LA PRIMERA LECTURA DEL «SEGUNDO ISAÍAS», Yhwh se dirige a su pueblo y le reprocha no recordar ni caer en la cuenta del pasado. No sólo han olvidado su historia sino que no han reflexionado sobre la presencia permanente de Dios en ella. Tampoco son capaces de reconocer su actuación histórica presente. ¿No lo reconocen? Ese olvido se manifiesta en una vida de iniquidad y pecado, que ha cansado a Dios, quien ha permanecido fiel en una actitud de perdón. El profeta evidencia la inconciencia del Pueblo, e impele a reconocer al Dios fiel en los acontecimientos de su vida.

PABLO, EN SU SEGUNDA CARTA A LOS CORINTIOS recalca esta fidelidad de Dios manifestada en la persona de Jesús, en cuyos actos y palabras no hubo doblez ni ambigüedad. En Jesús Dios

mostró su total coherencia: él es el «sí» de Dios a la Humanidad. Esto exige de los cristianos la misma coherencia y honestidad. La actitud de Dios firme y constante, llena de confianza, un “Amén” que implica una aceptación de esa acción de Dios expresada en el proyecto de Jesús. Por su parte Dios, en Cristo, conforta a la comunidad creyente, unge, marca, sella y da “en arras” el Espíritu como signo de la total pertenencia del cristiano a Dios, en una unidad que ha de expresarse en actitudes y palabras coherentes a ejemplo de Jesús.

EL EVANGELIO DE MARCOS NOS DESCUBRE ESA COHERENCIA DE JESÚS. Regresa a Cafarnaum y corre la voz de que está en casa, y la gente se agolpa en la puerta. Las casas de aquellas poblaciones contaban con patios comunes, de modo que una buena cantidad de personas podía agruparse a las entradas de las casas.

Él se pone a enseñar, pero sobreviene una interrupción: cuatro hombres han traído a un parálítico y al no encontrar paso han subido y han abierto un agujero por el techo, por donde lo descuelgan. Detengámonos un poco en ellos. El primero está impedido: su enfermedad le obliga a depender totalmente de los demás. Por estar enfermo seguramente es rechazado, y es tenido por impuro y pecador. Los hombres que lo traen han sido arriesgados al ponerlo en medio de la multitud. Es la ocasión precisa para poner a prueba la coherencia de Jesús.

Jesús parte de la relación cultural existente entre pecado-castigo y enfermedad: “Tus pecados te son perdonados”. La liberación de la culpa está directamente relacionada con la recuperación de la salud. Los escribas presentes, reaccionan: la sociedad judía estaba estructurada sobre la base de la exclusión; no parecía haber posibilidad de cambio, ni alternativa para los excluidos, salvo una exigente carga de tributos y ritos de purificación que en su gran mayoría les resultaba imposible cumplir. Jesús rescata a la persona misma, el poder oculto y real de aquel hombre de levantarse por sí mismo, de superar la parálisis en la que la culpa y el rechazo social lo habían sumido. Él revive, se hace dueño de sí al levantar por sí mismo la camilla en la que antes yacía, y regresa a casa con nueva vida.

Como el domingo pasado, estamos ante esa unidad de palabra y acción, de teoría y práctica, de decir y hacer. Como solemos decir, «no hay nada más práctico que una buena teoría», y «nunca se ha entendido del todo una teoría, hasta que no se ha experimentado y dominado su práctica». Jesús es maestro de esa unidad. Y sus discípulos también lo hemos de ser. Tenemos un mensaje de salvación que hay que anunciar, pero que también hay que «realizar», aunque sea con gestos simbólicos. La Utopía, («¡el Reino!») no sólo debe ser anunciado (hablado, dicho, comunicado, informado, pensado, teorizado), sino construido (hecho, realizado, implantado, promovido, luchado). La Buena Noticia no sólo tiene que ser anunciada-explicada, sino mostrada-evidenciada, primero en nuestra propia vida, también en la comunidad y, hasta donde nos dejen, en la sociedad.

Comentario 2

Todo somos parálíticos

“Todos tenemos una camilla como signo de las ataduras y limitaciones que nos dejó la vida o que hemos ido adquiriendo libremente. Pero también todos podemos contar con camilleros, la

Iglesia, quien con su palabra, la catequesis, los sacramentos y su ministerio pastoral nos guía hacia Jesús”.

Haciendo memoria, la primera experiencia de fe que encontramos en la Biblia es la de un Dios que salva, liberando a Israel de la esclavitud de Egipto. De esclavos Dios formó un pueblo nuevo por ser libre, sellado como propiedad suya por la Alianza en el Sinaí. Progresivamente, sobre todo en el exilio, las nuevas generaciones de Israel pensaron que el Yahvé liberador del éxodo, tenía que ser el Dios creador de todo. No fue difícil concluir que el Dios salvador fue el Dios creador; más aun que la primera salvación, fue la creación como una consecuencia. Toda intervención posterior de Dios en el mundo está referida siempre a la creación. Este es el mejor contexto para entender el relato de la creación que ahora estamos leyendo en la Liturgia.

Isaías desarrolla este tema cuando anuncia a los exiliados de Babilonia su futura liberación como un signo de los tiempos. *“No recordéis lo antaño, no penséis en lo antiguo, mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando ¿no lo notáis?”*

“Vean, ¡hago algo nuevo!”. Cada paso de la historia de la salvación es una nueva creación de la iniciativa de Dios. Su intención continúa en la dirección de su intención original. Pero Dios nunca se repite; siempre crea nuevas cosas nunca antes vistas, que producen asombro y admiración. No abolió el pasado, sino que lo renueva indefinidamente. El profeta piensa en el retorno del exilio, pero esta liberación de parte de Dios es un nuevo éxodo mejor que el primero, porque Israel no va a sufrir la aridez del desierto, ni lo empañará con la murmuración de la salida de Egipto y la entrada a la tierra prometida.

Pablo habla de “la nueva creación”. “Si uno es cristiano, es criatura nueva. Lo antiguo pasó, ha llegado lo nuevo. Y todo es obra de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encomendó el ministerio de la reconciliación” (2Cor 5,17-18). “Pero tú no me invocabas Jacob; ni te esforzabas por mi Israel... Yo, yo era quien por mi cuenta borraba tus crímenes y no me acordaba de tus pecados” (Is. 43,24b-25). Con razón Pablo “resolvió no saber nada mientras estaba con los Corintios, excepto de Jesucristo, y éste crucificado”... y mi mensaje y mi proclamación no fueron con persuasivos discursos sino con una demostración de espíritu y poder, para que la fe de ustedes pudiera descansar, no en la sabiduría humana sino en el poder de Dios” (1Cor. 2,4-5).

A su turno, los discípulos del Señor deben poder atestiguar que no hablan de sí mismos, sino que proclaman y anuncian lo que han aprendido y recibido, pues yo aprendí del Señor lo que les transmití... (1Cor 11,23).

“Para que vean que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados...”. Cuando llegaron los cuatro hombres, camilleros, llevando al paralítico, Jesús estaba “Proponiendo la Palabra”. Lo esencial para Jesús es anunciar la Palabra, así sea que la gente

venga para “ver un milagro” o para ver algo excepcional y sensacional. Jesús se mantiene en su misión: formar y educar un hombre nuevo; por eso deja lo extraordinario y se queda con La Palabra. El texto griego de Marcos dice literalmente: les hablaba la palabra (καὶ ἐλάλει αὐτοῖς τὸν λόγον).

¿Qué es tener fe en relación a esa Palabra? “levantar las tejas, abrir un boquete y descolgarlo”. Eso se llama jugarse la vida con lo invisible, apoyarse en la Palabra para dar nacimiento a lo que no existe, lo que no se ha oído, lo que no se esperaba: romper el techo. Cuando vieron que no podían llegar cerca de Jesús en vista de la multitud, no pusieron la camilla a un lado y dijeron: “bueno, eso es todo. Nos da mucha pena, compañero, ¡qué mala suerte!”. Se propusieron llevar a su amigo donde Jesús y lo consiguieron. La meta de llevar una vida ante el toque sanador de Cristo es tan grande que cualquier cosa, ni siquiera los techos, deberían permanecer en el camino.

Ahora a Jesús le va a tocar romper un techo más fuerte que el de la casa: decirle al paralítico por la fe de los camilleros: “*Tus pecados te son perdonados*”. Solamente cinco palabras, pero su significado es grandioso. Sólo sabemos que en la época de Jesús era corriente considerar las enfermedades físicas como un castigo consecuencia del pecado. Puede estar bien que el paralítico mismo haya creído que su parálisis era debida a un pecado. No tenemos una garantía cierta para asumir que Jesús lo creyera. Pero cualquiera que hayan sido los detalles, Jesús vio que el hombre necesitaba más que una curación física, una restauración espiritual.

Lo mismo ocurre con las enfermedades sociales. Hoy la más aguda es la crisis económica que se convertirá en una recesión, parálisis económica. La crisis económica es una tragedia en varios actos.

Siempre antes de las crisis y durante las crisis hay pecado: codicia, poder, desinterés por los pobres, irrespeto, falta de honestidad, viveza llamada inteligencia, priorización del dinero por el ídolo de la ganancia fácil.

En el campo internacional la mayor necesidad del mundo es el perdón del pecado. Muchos considerarían esta afirmación como “sentimentalismo”. Sufrimos de una enfermedad espiritual que no responderá sino a una sanación moral. Cómo no vamos a estar socialmente enfermos, si le hemos dado más importancia al petróleo que al desarrollo integral, a lo militar que a lo social, a lo político que al secuestro, a lo económico que lo humano, a los victimarios que a las víctimas.

¿Por qué habla así? Esta es una pregunta razonable en boca de los exégetas, escribas, de ese momento. Hacen el escrutinio celoso de la Escritura, pero con sus ojos tan apegados a cada letra del texto que terminan creyendo que nada existe o puede existir más allá de lo que leen y pueden haber aprendido. Además ellos sabían que los pecados sólo los podía perdonar Dios. Les hubiera ido mejor si se hubiesen preguntado si el oráculo de Isaías estaba empezando a cumplirse, “mira ya, está brotando algo nuevo ¿no lo veis?” Prefirieron prejuzgar llamándolo “blasfemo”.

¿Quién es ese hombre? es la pregunta que luego se volverán a hacer trágicamente en frente al Crucificado (Mc 15,39). Así el perdón de los pecados es por y en la Cruz de Jesucristo, según

el pensamiento de Pablo: “*Cómo por la sabia disposición de Dios, el mundo con su sabiduría no reconoció a Dios, dispuso Dios salvar a los creyentes por la locura de la Cruz*”(1Cor 1,21).

La palabra decisiva es: “*Tus pecados te son perdonados*”. Es una palabra que libera de toda la vida anterior y da una total seguridad hacia el futuro. Todo milagro es un bautismo porque es dejarse sumergir en la misericordia de Dios y su poder.

Todos somos paralíticos por el recuerdo del pasado que nos da tristeza y el futuro que nos produce miedo, cuando lo pensamos desde nosotros mismos y en términos materiales.

Todos tenemos una camilla como signo de las ataduras y limitaciones que nos dejó la vida o que hemos ido adquiriendo libremente. Pero también todos podemos contar con camilleros, la Iglesia, quien con su palabra, la catequesis, los sacramentos y su ministerio pastoral continúa conduciéndonos hacia Jesús en la evangelización.

El Evangelio de hoy también nos recuerda “coger la camilla” y no cargársela a otros. Es mejor ser camilleros que cargarle la camilla personal a otros. El Salmo 40 llama “dichosos” a todos(as) los que cuidan de todo tipo de enfermedad; pero sobre todo a aquellos(as) que mantienen en sus labios esta súplica, “*Sáname Señor porque he pecado contra tí*”.

“*Dichoso el que cuida del pobre y desvalido, en el día aciago lo pondrá a salvo el Señor*”. Dios se ha puesto de su parte. “El Señor los sostendrá en su lecho de dolor y calmará los dolores de su enfermedad... A mí, en cambio, me conservas la salud, me mantienes siempre en tu presencia. Bendito sea el Señor, Dios de Israel, ahora y por siempre”.

Para la revisión de vida

¿Es mi fe tan grande como para ser un verdadero camillero?

¿Cuál es el techo que debo romper en mi vida para encontrarme con Jesús?